

jardín de la poesía, volved un poco la lira hacia la sencillez, á la sinceridad, á la gracia perdurable, á la Naturaleza verdadera! Sólo así volverá la poesía escrita á ocupar sus aposentos en el alma. Hemos llegado colectivamente á un estado en que «queremos ser niños y lo pasado, pasado».



José Nogales

GUADALUPE

La España pintoresca y legendaria sería mucho mejor conocida que lo es—por los españoles, se entiende—si tuviéramos mejores caminos y vías de comunicación ó si fuésemos más entusiastas y menos cómodos. Entre nosotros el amor á la hermosura y á la tradición no ha llegado aún á formas de piedad. Y así cuando hace aún pocos días, marchaba yo con dos amigos á visitar el célebre Monasterio de Guadalupe las gentes sencillas de aquellas tierras no se explicaban las molestias que soportábamos sino atribuyéndolo á que lo hiciésemos por promesa ó voto religiosos.

Y es realmente penoso el viaje á no ir en automóvil—se puede llegar por carretera hasta el mismo Monasterio. Desde Oropesa, pasando por el Puente del Arzobispo, unas diez horas de coche hasta el Puerto de San Vicente, lindero entre las provincias de Toledo y Cáceres, y de allí bajamos en carro á Guadalupe á través de unas montañas bravías y fragosas.

Entonaban el corazón aquellas vastas verdes soledades tendidas al pié de la sierra. En la garganta de la Peña Amarilla cerníanse trazando lentas espirales dos águilas. Luego las mil vueltas y revueltas de la carretera, entre frondosidades de árboles, y al fin se nos abrió á la vista la mole ingente del Monasterio, rodeado por el pueblo.

Dice Fr. José de Sigüenza en el cap. XVII del lib. I de su «Historia de la Orden de San Gerónimo»: (1) «Entre las dos riberas de Guadiana y Tajo, ríos conocidos en España, celebrados de los antiguos escritores naturales y extranjeros se hazen unas montañas fragrosas, inhabitables en muchas partes por su aspereza, en otras de mucha frescura y regalo, muchos valles que descienden al profundo, sierras que suben al cielo, llamadas de

los comarcanos Villuercas. De la una parte y de la otra apacientan los ganados los pastores extremeños, cuando en medio del estío quedan abrasadas las dehesas, así por parte del Norte, que mira al Tajo, como por la del Mediodía, que riega Guadiana.» Y pasa luego el minucioso y castizo Sigüenza á contar-nos la leyenda que cómo apareció á un pastor que perseguía á una vaca la imagen que unos clérigos devotos de la ciudad de Sevilla huyendo de la furia de los moros que se enseñoreaban de España ocultaron en un sepulcro de mármol en las fragosidades de Guadalupe, imagen que decían ser la que el Papa San Gregorio Magno envió á su amigo San Leandro, arzobispo de Sevilla, é imagen que cierta vulgar creencia supone esculpida nada menos que por San Lucas Evangelista. Creencia que Fr. Esteban Ginés Ovejero, de la Orden de Predicadores, en su folleto «Guadalupe»—impreso en Tortosa, con licencia eclesiástica, en 1905—trata de destruir haciéndonos saber que San Lucas no fué sino médico y evangelista y no pintor ni escultor «cosa que no hubiera callado San Pablo, cuando nos dijo que era médico; y mucho menos los Padres y Concilios que escribieron contra los iconoclastas, como un argumento fortísimo.»

¡Cuán lejos estaba yo de estas entre eruditas y piadosas elucubraciones cuando surgió á mis ojos, tras largo y penoso viaje, la fábrica del famoso Monasterio! ¡Con que ojos lo mirarían aquellos esforzados extremeños que al volver de las Indias Occidentales, del Nuevo Mundo, emprendían su devota peregrinación al santuario, enriquecido con despojos de la Conquista!

Allí se alzaba, carcomidos por los siglos, sus muros de mampostería, severo y señorial, sobre fondo de verdura. Su exterior tiene ciertamente, poco que admirar como obra arquitectónica; es la posición y el lugar lo que le dá realce.

El pueblo de Guadalupe, que rodea y abraza al Monasterio, es uno de esos típicos pueblos serranos llenos de encanto y de frescura. Sus soportales, su fuente, sus calles con entrantes y salientes y voladizos balcones de madera, sus casas señoriales, su sello, en fin, de reposadero.

El Monasterio, hoy muy deteriorado, ofrece aún al visitante su magnífica iglesia, con una de las más hermosas verjas de hierro forjado que puedan verse, sus dos claustros, su relicario, su sacristía. En uno de los dos claustros, mudejar, con muy pintoresco templete, en el centro, sentí una vez más la tentación que en parecidos sitios me asalta, la de abandonar estas luchas y trabajos en que es-

(1) Acaba de publicar la segunda edición la Nueva Biblioteca de Autores Españoles que dirige el Sr. Mendoza de Pelayo y edita Bailly Baillière y es continuación de la de Rivadeneyra.



toy metido y darme á ver pasar la vida en meditación y en sosiego. Pero...

Al otro claustro, medio arruinado, le llaman allí el Convento de las garrapatas—es decir, de las arañas y no de las garrapatas propiamente tales—y lo ocupan hasta cuarenta familias pobres y no nada limpias que crían sus chiquillos donde los reverendos frailes jerónimos durmieron sus siestas.

El Monasterio era riquísimo y de esta riqueza quedan aún vestigios y restos. Tan ricos eran los jerónimos que después de enseñar al visitante una opulenta capa, cuajada de oro y pedrería, que regaló á la Virgen el rey Felipe II, se le enseña otra más opulenta aún y preciosa aún, que le regaló la Orden para achicar al rey. Y nos mostraron capas, casullas, frontales, unos de subido valor artístico, pero los más de mayor precio material que estético. Mejor aún, para mi gusto, es la magnífica colección de libros de coro—tal vez la mejor de España—con iniciales iluminadas y preciosísimas viñetas.

Pero la joya del Monasterio, lo que ello sólo merece todas las penalidades del viaje, lo que ha de hacer de Guadalupe lugar de peregrinación de los amantes del arte, es la soberbia colección de cuadros de Zurbarán que en su sacristía se guardan. Hay que ir allá para conocer á nuestro gran pintor extremeño. Diez grandes cuadros, de más de cuatro varas de alto por tres de ancho algunos, uno algo menor y varias tablas pequeñitas.

Los ocho que cubren las paredes del cuerpo de la sacristía representan á personajes de la Orden. ¡Qué figura la de aquel venerable Padre Andrés de Salmerón, de rodillas, con las manos juntas, mientras Cristo le pone una mano sobre la cabeza! Allí llega al colmo la genuina sobriedad de la pintura clásica española. Y el Enrique III que pone el capelo arzobispal al V. P. Fernando Yañez de Figueroa, aquella figura trazada con el mínimo de líneas y de colores nada tiene que envidiar á las figuras de Velazquez. Encima del altar de la sacristía se ve la llamada Perla de Zurbarán, un San Jerónimo que llevando nuestra mirada tras de la suya nos abre perspectivas celestiales.

Hermosísimo es, sin duda, cuanto el arte humano puede aún ofrecernos en Guadalupe, mas es más hermoso aún lo que allí la naturaleza nos ofrece. Subimos á Mirabel, dependencia del Monasterio, y bajamos de allí por medio de uno de los más espesos y más frondosos bosques de que en mi vida he gozado. Jamás ví castaños más gigantescos y más tupidos. Y nogales, álamos, alcornoques, robles, quejigos, encinas, fresnos, almendros, alizos junto al regato, y todo ello

embalsamado por el olor de perfumadas matas.

Desde el alto de Mirabel, tendido al pié de la Cruz del Mentidero, contemplaba las líneas de las sierras de los montes de Toledo, como series de bambalines de un diurno teatro, y á un lado la llanada de Cáceres encendida por el sol. De todas partes afluía paz de vida. Y allí, en aquel repliegue que hacen las montañas, al pié de las enhiestas y desnudas Villuercas, en aquel espeso castañar, ahora en candela ¡qué bien se descansará, luego de haber merecido el descanso con una vida de combates, esperando á una muerte dulce y natural en el seno de la naturaleza.

Y procuraba hartarme de visión de campo, llenar el alma de su verdura secular, como procura henchirse el pecho de aire el que va á hundirse por algún tiempo en el seno de las aguas. ¡Cuántos cuidados se me lavaron en aquella visión de verdura!

La verdad es que aquellos reverendos padres jerónimos entendieron bien la vida, tal vez por haberla mirado á través de la muerte. Allí, en aquel retiro atesoraron arte, riqueza y poderío. El prior de Guadalupe intentó unir el río Rueda, que pasa por Cañamero, con el Guadalupejo, que corre al pié del Monasterio, y cómo no hubiese podido lograrlo decían los de Cañamero muy orondos que su río había sido más poderoso que el poderosísimo prior. Y es que los ríos pueden más que los reyes y las órdenes religiosas. Bien dice el dicho decidero: al cabo de años mil, vuelve el agua á su cubil.

Dejo por contaros mucho de lo que en Guadalupe ví, pero es que he querido dar aquí más que una reseña una impresión de viajero. Y así nada digo de los cuadros de Jordán, y de Carducho, la escultura del Torrigiano, los órganos, el recuerdo de la reunión del Concejo de la Mesta, los sepulcros, etc., etc.

Emprendí esta peregrinación artística apenas terminé mi curso universitario, con la triste impresión que dejan siempre unos exámenes, buscando unos días de reposo y de baño en naturaleza para poder volver con renovadas fuerzas á dar vueltas á la roca siseana que me cupo en suerte. Y hoy llevo, en el relicario de mis recuerdos, un recuerdo más, un recuerdo perfumado y fresco, el de la bravía verdura de Guadalupe resguardada del mundo mundanal por severas crestas sobre las cuales trazan las águilas sus aéreas espirales.

Es una lástima que la ramplonería de la rutina española lleve á tantas gentes á pueblecillos banales, de una lindeza de cromo que encanta á los merceros enriquecidos y haga les asuste pasar incomodidades para ir á gozar de visiones que están fuera del tiempo.



José del Valle

